

Cambio de paradigma: cambio de espacio-temporalidad

¿Qué ha pasado con “la vuelta a las fuentes”?

Los votos expresan nuestro modo carismático de seguir al Señor en vida religiosa apostólica (VRA) Uno de los principales retos para la VRA es replantearse radicalmente, desde la raíz, el fundamento y sentido de los votos para adquirir *mayor libertad* en el Seguimiento: *“Ya desde los comienzos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que por la práctica de los consejos evangélicos quisieron seguir a Cristo con más libertad e imitarlo más de cerca, y cada uno a su manera llevaron una vida consagrada a Dios”*¹. El Concilio nos cambio de paradigma: Con mayor libertad no con mayor perfección.

Cuando el Concilio Vaticano II subraya la libertad como rasgo carismático del modo de Seguimiento, está constatando un cambio de paradigma en el modo de comprender y auto comprenderse la VRA. No se trata ya de un estado de “consejos” frente a “preceptos” comunes a todos los cristianos. No se trata de “perfección” frente a lo común del pueblo fiel que se puede conformar con los “mínimos para salvarse”. Se trata que desde la libertad evangélica a la que todos somos llamados, la VRA tiene que hacer patente en la vida de Seguimiento una “mayor” libertad. Más libertad evangélica como rasgo constitutivo del modo de estar en el mundo y en la Iglesia que supone el seguir al Señor en profesión de pobreza, castidad y obediencia. No podemos dar por supuesto que la libertad evangélica haya sido el punto focal de los intentos de la “renovación” de la VRA durante estos últimos años, hemos hablado hasta la saciedad de austeridad, radicalidad, compromiso, inserción, integración personal, vida de comunidad, libertad personal... pero no tanto de libertad evangélica.

Sobra decir que este cambio supone un riesgo, una osadía: la de dejarse conducir hoy por el Santo Espíritu, por ese Espíritu que procede del Padre y del Hijo que es la única fuente de la libertad del cristiano. Dejarse conducir en una cultura que está provocando en la VRA interrogantes, no sólo sobre su sentido sino hasta sobre su misma viabilidad como modo de Seguimiento supone mucha humildad, una profunda actitud de escucha y mucha generosidad, mucho descentramiento. No se trata, en mi opinión, tanto de refundar sino de volver a plantear desde la raíz el sentido. El refundar puede caer en un lirismo al olvidar que es imposible partir de cero, sé que la refundación no supone este olvido pero es bueno que nos lo digamos: no partimos del hoy sino que venimos de una historia y somos historia para lo bueno y para lo malo, estoy persuadido que más para lo bueno.

1.- Perfectae Charitatis nº 1. Vaticano II. BAC 252

La vuelta a las fuentes fue muy sincera e ilusionante pero hoy podemos y debemos hacernos conscientes de sus límites hermenéuticos. Nuestro modo de vivir estaba lastrado por muchos “tics”, de supuestos básicos no sometidos a discernimiento, de persuasiones inamovibles, olvidando que lo que consideramos “normal y natural” casi siempre son construcciones sociales, por lo menos, en lo que se refiere a lo que llamamos “normal”. Quisimos volver a las fuentes, pero no se podía al mismo tiempo caer en la cuenta que estábamos queriendo volver a un lugar en que nosotros y nosotras nunca habíamos estado. No podemos prescindir de todo lo que en nuestras Congregaciones se ha ido acumulando desde las “fuentes” hasta hoy: estilos de vida, “tradiciones y traiciones”, desplazamientos históricos entre lo que pretendían los primeros y primeras y las ubicaciones apostólicas actuales...

Esta vuelta a las fuentes se dio en un momento de “euforia eclesial”, momento apasionante, vital, tenso, crítico y cargado de temores y de muchas ilusiones. Esta vuelta fue en muchos momentos acrítica en cuanto a la metodología empleada, posiblemente no podía ser de otra manera puesto que todo a la vez no se puede hacer y había muchos frentes en los que estar.

Analógicamente se dio lo que pasó en Cristología cuando se quería encontrar el mismo evangelio limpio de cualquier adherencia de siglos, de los añadidos del dogma eclesial a lo largo del tiempo para llegar a lo más puro del evangelio, de alguna manera quisimos ir a las fuentes para encontrar el “mismo carisma”, libre de todos los añadidos posteriores. Esto es una ingenuidad porque hemos visto que no es posible acceder al “mismo carisma”, sino a través de la mediación histórica y de la profunda atención a los contextos en los emergieron nuestros carismas en la iglesia y el mundo y como se configuraron después. Se idealizó el carisma fundacional como llovido del cielo, limpio de toda adherencia y vivido sólo desde lo “mejor” de nuestros fundadores y fundadoras. En ningún momento se trata de minusvalorar los auténticos trabajos y sufrimientos que supuso la “vuelta a las fuentes”, en absoluto, se trata de seguir avanzando en el intento de dar más calidad fidelidad evangélica a nuestra vida religiosa.

No podemos olvidar lo que pasó, es muy peligroso ver las crisis de los años sesenta y setenta como “pecados de juventud”, sino de caer en la cuenta que se daba una cierta ingenuidad sobre la condición humana y una hermenéutica deficitaria. La historia del origen de cualquier congregación es también una historia de sufrimiento, de incomprendiones no sólo de los de fuera sino también entre los primeros y primeras, en estas historias fundacionales aparecen las luchas por el poder, las ambiciones, la mezquindad y lo ruin de la condición humana. No podemos leer la historia y la tradición propia sólo desde lo mejor de los/as que nos precedieron, es evidente que hubo mucha santidad y grandeza. *No nos podemos contentar con decirnos que lo sabemos y que no se oculta, se trata de aprender que la condición humana siempre “da de sí lo que da de*

sí” y que esta condición siempre estuvo presente en la historia de nuestras congregaciones. Aquí es donde merece que reflexionemos seria y serenamente sobre la antropología teológica que manejamos en nuestra vida cotidiana, es decir, preguntarnos qué es la condición humana desde la Buena Noticia de Jesús.

Al volver a las fuentes posiblemente no se encontró todo lo que se esperaba y por eso hoy estamos como queriendo empezar de nuevo, desandar el camino es imposible, hoy vivimos un momento en que nos encantaría rebobinar la historia y la tradición y eso no es posible. Al volver a las fuentes no nos encontramos ningún “ideal” actualizable sin más, en el origen se estaba dando un regalo del Espíritu a la Iglesia y al mundo por medio de hombres y mujeres con su grandeza y sus límites, y sobre todo nos encontramos con un regalo, el carisma fundante, que para sobrevivir en la mayoría de los casos se tuvo por imposición que “enjaular” en estructuras, como veremos, de monacato medieval, que nos configuraron los estilos de vida. Esta imposición en la VRA femenina ha sido un auténtico drama. Esta vuelta a las fuentes nos llevó a percibir el carisma nítidamente, pero siendo prácticamente imposible liberarse de una jaula que con el paso de los años había pasado de ser una estructura externa a ser una estructura interna de configuración del seguimiento en VRA, porque se introyectó. El problema es cómo hacer para que la jaula se abra sin miedos... y ante el miedo se cambia la jaula de hierro por otras jaulas más sutiles como veremos.

La idealización de los orígenes hace daño porque después se va a generar una serie de “teologías” de la vida religiosa desde el “núcleo carismático ideal”, para hombres y mujeres “ideales”, en comunidades “ideales” para un mundo “ideal”, que no existe. Creo que en la VRA nos cargamos de excesivas pretensiones, no queremos ser perfectos pero queremos ser significativos, no queremos ser perfectos pero queremos ser profetas, no queremos ser perfectos pero queremos ser “coherentes y con personalidades integradas” y sobre todo queremos ser relevantes... La significatividad no viene dada a priori, la significatividad se nos otorga si la merecemos y nos acreditamos en la vida cotidiana haciendo verdad lo que profesamos. ¿No tendremos que empezar por reconocernos en primer lugar como criaturas de Dios agraciadas?

Cuando la dimensión de criatura la damos por supuesta, lo único que se provoca es la insatisfacción personal, comunitaria y en el fondo, lo más grave, una no aceptación del mundo roto y desquiciado en el que tenemos que estar como “memoria evangélica”. Se están dando demasiados rechazos sutiles o directos del mundo en muchos ambientes de vida religiosa apostólica porque *no es el que debía ser*, mundo visto desde los cómodos sillones de las salas de televisión de comunidades insatisfechas porque sus miembros no son lo que debían ser. Es urgente mirar desde dentro las causas de tanta insatisfacción y desajustes que impiden que el Evangelio de Jesús se convierta en un ámbito de Vida.

En ese momento de euforia en la Iglesia y en la vida religiosa, se daba en paralelo el trabajo teológico, de encontrar en “la primera comunidad cristiana” un modelo a imitar. Se toma como referencia el sumario de Hechos (4, 12-17) y no se tiene en cuenta los conflictos de las comunidades primeras, comunidades en plural que nos llevan a no caer en la ingenuidad de creer en una hipotética “primera comunidad ideal” que nunca existió, aunque muchos y muchas se nieguen a verlo e incluso dirán que renunciar a ello es atentar contra la utopía.

Comunidades de Galacia, de Corintio, de Roma..., con tensiones internas hasta el dramatismo, como los conflictos entre judeocristianos helenistas y judeocristianos palestinos en la misma Jerusalén, y desde muy pronto. Comunidades convocadas por el Espíritu pero no anuladas en su caminar humano, a veces demasiado “humano”, por no hablar de los conflictos desgarradores que cruzan toda la historia del dogma trinitario y cristológico.

Se sigue creyendo, más inconsciente que conscientemente, que hubo un tiempo privilegiado limpio de toda ambigüedad y de conflicto: esta creencia en una ensoñación que bloquea y paraliza. El único privilegio de los primeros y primeras, ni más ni menos, fue el ser testigos del Resucitado. Tenemos testimonios de una experiencia de encuentro que les cambió el modo de vivir, la vida se les abrió hacia el futuro de Dios de la Vida, empezaron a vivir en la Esperanza del futuro de los pequeños y crucificados pero este encuentro no los “espiritualizó”, siguieron viviendo en unos “cuerpos” en interacción con otros cuerpos y con el mundo cultural, político y económico con sus tensiones inherentes.

¿No serán estas las causas remotas, entre otras, de que en la vida religiosa nos aficionemos tanto a la “psicología” y tan poco a la “antropología” y a la “sociología”? Nos preocupamos y nos ocupamos mucho del “yo” espiritual (?) y muy poco de los estilos de vida, de los modos de estar en el mundo concreto, de la Espiritualidad como modo concreto y globalizante de estar en el Seguimiento. Nos sigue preocupando más la “integración del yo” que las relaciones del yo con el entorno social, cultural y político. Ha estado totalmente desequilibrada la integración de los saberes, han primado las psicologías egotistas en la espiritualidad y siguen primando. La nueva jaula que nos mata la libertad es el “yo”, el en-si-mismamiento personal y comunitario, es una jaula sutil, no se ve como en las estructuras que dejamos pero es más frustrante y más asesina de libertad. Dice la sabiduría jasídica “El hombre que se mira a sí mismo, sólo puede hundirse en la melancolía, pero cuando abra sus ojos a la creación, en torno suyo, conocerá la alegría”²

2.- Elie Wiesel, *Celebración Jasídica*, Salamanca 2003, p.39

Cuando lo “normal” y natural” ni se agradece ni se discierne

Una palabra sobre lo “normal y natural”. La cultura es una red de signos, discernir es empezar a procesarlos desde otro código. El Espíritu pone en crisis el “orden presente”, el Espíritu lleva a juicio, pleitea con la realidad mostrenca y petrificada, con lo dado por hecho, lo que “es así” y “no puede ser de otra manera”. Discernir será cambiar el código “normal y natural” de lectura. Se empieza a taladrar la realidad y empiezan a verse otras cosas. Nos cuesta aprender a los seguidores y seguidoras que el Seguimiento de Jesús es *también* un modo de estar y ver la vida. Al “mirar” ya no “vemos” lo mismo. Discernir es no dar nada por supuesto, o por lo menos cuidar un talante que sabe que todo puede ser puesto en cuestión porque el único absoluto es el Señor. Es bueno caer en la cuenta que toda disposición por el saber tiene que estar abierta a cambio de percepciones, a modificar la sensibilidad y esta se modifica “aplicando los sentidos”. ¿Estamos dispuestos en la VRA a otras formas de pensar y a otros modos de percibir la realidad? Modificar las percepciones de realidad es uno de los retos más difíciles y apasionantes que tenemos en la VRA, esta modificación tiene que ver con las ubicaciones, con las percepciones espacio temporales, tienen que ver con la sensibilidad.

Este taladrar lo “normal” es lo más difícil. En la vuelta a las fuentes tuvimos habilidad para cambios de contenido más o menos relevantes: hábitos, formalismos en el trato, reglas más o menos obsoletas, lecturas “espirituales”, libertades básicas como la inviolabilidad de la correspondencia, abolición formal de los grados de “madres y hermanas”, menos en lo de “padres y hermanos” por causa del ministerio ordenado que está por en medio del asunto, abolición meramente formal porque las formulaciones nuevas no cambian prácticas de años incluso de siglos³, relación con la familia, tema sobre el que volveré al abordar los votos, etc. No se tuvo habilidad para cambios más profundos que cuando se vislumbraron se cortaron porque eran realmente asustantes, producían vértigo porque podían dar al traste con la VRA como tal. Me refiero a la espacio-temporalidad desde la que hay articular la vida de Seguimiento. *Dábamos y se siguen dando como inamovibles percepciones del espacio y del tiempo para mediar el Seguimiento en lo cotidiano que siguen siendo medievales y que parece que no hay modo de procesarlos de otro modo.* Tuvimos habilidad para reformular el Carisma, para “actualizar” Constituciones, pero no entramos a cuestionar el soporte del carisma, el

3.- "Y es que no faltan teólogos que, llevados de una creencia rayana en la superstición infantil de la omnipotencia de la mente, piensan que uno puede desembarazarse sin más de una herencia de siglos con un par de formulas novedosas; como si se tratara de borrar de la pizarra una fórmula incorrecta. Y así pasa lo que pasa: que uno se encuentra con los mismos perros con distintos collares" Eugen Drewermann, *Clérigos. Funcionarios de Dios. Psicodrama de un ideal*, Madrid 1995, p.618.

modo de estar en el espacio y en tiempo, cuando este soporte se cuestionaba o se cuestiona aparece el “miedo al caos” y a la “desaparición”

Muchos carismas fundacionales de encorsetaron en “monasterios concertados”, por supuesto como he dicho por imposición, de tal manera que las formas monacales han lastrado la VRA de modo que es muy difícil liberarse de ellas, las quitamos en lo exterior pero resulta que estaban ya introyectadas de tal manera que el carisma se confunde con los modos de vivirlo en el espacio y en tiempo.

La espacio temporalidad en la VRA y la llamada “vida espiritual”

Una de las fuentes de malestar consiste en que sobre los “contenidos” está prácticamente todo dicho. Valga el ejemplo de la servilleta y el servilletero, antes he hablado de jaula, a la entrada de los comedores de los conventos y de las casas de Ejercicios suele haber un servilletero, unos casilleros para dejar las servilletas, sobre el color que tienen que tener las “servilletas” estamos todos más o menos de acuerdo, de qué tejido tienen que ser también, y si las tenemos que dejar plegadas o haciendo un nudo más o menos también, el problema aparece en que no se está de acuerdo en la estructura del “servilletero”: ¿tiene que ser un cesto, un casillero, una mesa sobre la que dejarlas...? Hemos cambiado los contenidos, pero la estructura del “servilletero” sigue siendo la misma, aunque hayan cambiado los colores y el tejido de la “servilleta”. Lo difícil es cambiar la estructura, lo que subyace, lo que se da por supuesto.

La dificultad aparece cuando se quiere procesar el Seguimiento no en cuanto contenido teológico y espiritual sino en cuanto modo de estar en la vida, en cuanto que el Seguimiento lo hacemos en la vida cotidiana. Vamos a analizar el procesamiento espacio-temporal, y así caer en la cuenta cómo se convierte en fuente de conflicto y malestar: *¿Cómo es posible en la VRA, subrayo en este análisis lo de “apostólica”, estar viviendo en el s. XXI, articulando la espacio-temporalidad comunitaria en esquemas de la antigüedad tardía?* Esta colisión es causa de muchos sufrimientos inútiles y de malgasto de energías que no se canalizan por causa de la Buena Noticia, sino que se agotan en problemas estériles. Puede parecer una banalidad, pero son muchas horas de escuchar agobios y malestares sobre todo en gente joven por causa de este tema, por los estilos de vida. Si la espacio temporalidad que rige es monacal y antigua, no es posible vivir con fluidez y holgura la VR y la misión apostólica en una cultura configurada por otros parámetros de espacio y tiempo.

En los orígenes de la VR cristiana, en el monacato, se da una perfecta adecuación entre los ritmos temporales de la alabanza, la liturgia, y el trabajo con la temporalidad socio-cultural

“El cómputo del tiempo se hacía siguiendo el de la antigüedad clásica, que todavía seguía en uso en el siglo VI. Según este cálculo, los periodos de día y de noche se dividían en doce horas de igual duración. Por tanto, en invierno las horas de la noche durarían más de sesenta minutos, y las del día serían paralelamente cortas. Y a la inversa, en verano las horas del día serían largas y las de la noche cortas”⁴

En toda estructura religiosa es fundamental analizar el “cómputo del tiempo” en las prácticas que articulan la experiencia del dios. No es lo mismo, en el sentido en que M. Eliade habla de modelos de dioses⁵, un modelo de “dios solar” que un “dios lunar y acuático”, un dios de “lugar” que un “dios” de personas, etc. Cada modelo de dios articula un procesamiento del espacio y del tiempo. Esto que nos parece tan obvio en los orígenes no parece que lo tengamos tan claro hoy. El Dios al que le rezamos hoy no es el “relojero del universo” como cantábamos de pequeños en las misiones populares, no es el garante de un orden cósmico al que hay que invocar para que nos preserve de la vuelta al caos, puede parecer exagerado pero ese modelo de dios sigue funcionando, está introyectado hasta la médula de nuestra VRA.

En la antigüedad el sol marca el ritmo del tiempo, en la ciudad después lo marcó el reloj de la plaza y de la iglesia, después en la casa el reloj de arena y hoy el reloj personal⁶. En la antigüedad los ritmos de la VR y la sociedad van sincronizados ¿Es posible conjugar hoy el reloj personal con el reloj comunitario, y el reloj comunitario con el reloj de la gente con la que vivimos y trabajamos? Aquí reside una fuente de tensión y de malestar, son percepciones temporales que entran en colisión en la VRA, el reloj comunitario e institucional muchas veces no es capaz de asumir que el reloj personal marque otro tiempo, y en VRA nuestro reloj se supone que tiene que estar en función de la gente y del trabajo. No es posible llevar un ritmo de trabajo como “uno de tantos”, o un ritmo de estudio universitario “como uno de tantos”, considero que sólo siendo uno de tantos la gente nos podrá entender, combinándolo con ritmos de la antigüedad. Aquí reside una de las mayores fuentes de colisión y malestar en la vida cotidiana.

Podemos mirar con una cierta sonrisa y benevolencia esta colisión, pero lo que está claro que es fuente de muchos malestares y tensiones, a pesar de todo sigo afirmando que nuestras “prácticas espirituales” siguen vinculadas a este esquema. Las “prácticas espirituales” no se dan nunca en el aire, siempre se dan en el espacio y en el

4.- C. H. Lawrence, *El monacato medieval: formas de vida religiosa en Europa occidental durante la edad media*, Madrid 1998, p.52.

5.- Quiero recordar y agradecer un curso del Licenciatura que impartió el profesor Antonio Pérez sobre “modelos de dioses” en mis tiempos de estudiante en la Universidad Pontificia de Comillas, curso original y fecundo.

6.- Juan David García Bacca, *Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas*, Madrid 1990, pp.15-48.

tiempo, el procesamiento espacio temporal es cultural y por lo tanto responden a una percepción de la divinidad y del mundo, y sobre todo en la antigüedad una percepción de la divinidad garante de un orden cósmico al que hay que ajustar nuestro ritmo. Este ritmo nos guarda del caos, del desorden, de lo imprevisible. El reto es ajustar nuestras “prácticas espirituales” al latir de la vida, a la suerte de las criaturas con las que nos relacionamos. La fidelidad al ritmo cotidiano asegura una estabilidad emocional que nos salvaguarda de la amenaza del caos ¿tiene que ser esta fidelidad la de la VRA? Evidentemente que no, el problema es que sobre este cómputo de la antigüedad se construyen y articulan “las prácticas espirituales”:

“La primera tarea en la vida monástica era la oración en común: el canto del oficio divino en el oratorio, lo que Benito llama la *Obra de Dios* u *Opus Dei*. Esto proporciona la estructura básica del día y todo lo demás encajaba en ello...

Los laudes se cantaban con la primera luz y seguían a intervalos los oficios relativamente breves del día, cantados a las horas de prima, tercia, sexta y nona, y, al atardecer, el oficio de vísperas. El oficio de la noche era el más largo y más complejo de todos... En el curso de los siglos siguientes, el oficio se transformó enormemente, tanto en la música como en la letra, pero el esquema básico como quedó perfilado en la regla persistió y llegó a convertirse en el marco universal del culto diario en la Iglesia occidental”⁷

Desde estos presupuestos es imposible estar en la VRA y en el siglo XXI sin tensión y malestar. Se puede *ser* muy buena gente y *estar* muy mal ubicados en el tiempo y en el espacio que es donde vivimos, porque lo que es evidente es que no vivimos en la pura interioridad. El amanecer como momento de alabanza y oración, así como el anochecer como tiempo de examen y recogimiento en mi cultura es asunto ya de muy poca gente. El día y la noche se procesan desde otros códigos, los ritmos de trabajo apostólico no están en función de la articulación medieval del tiempo. Esto es fuente de conflicto y no se le da la importancia que tiene. Lo más dramático es que se sigue afirmando que no es problema, cuando en la vida cotidiana los conflictos vienen en parte por aquí. Sé de ambientes en los que se afirma lo más sublime sobre la inculturación y la opción por los pobres, pero “pobre de aquel o aquella” que esté con los pobres fuera del horario comunitario, insisto hablo de VRA con opciones claras sobre el papel.

Tensiones cotidianas como son mantener prácticas comunitarias comunes cuando el trabajo apostólico no es común sino muy diverso en horarios, dedicaciones y

7. - C. H. Lawrence, *op. cit.*, pp.50-51.

criaturas a las que atender. No se asume con gozo y como riqueza el que en una comunidad de VRA existan ritmos temporales cotidianos distintos, en muchos ambientes da pavor porque parece que se diluya la “vida de comunidad”. Malas caras, críticas, desconfianzas porque no prima la “presunción apostólica” ante la ruptura de un ritmo horario sino la “presunción de vagancia o relajación”. Da la impresión que la vuelta a las fuentes en vez de llevar a percibir momentos creativos “originales” lo que ha llevado es a más de lo mismo: en lugar de vestirnos con el santo hábito nos vestimos con “tejanos”, pero vivimos en la misma secuencia temporal. Se sigue entendiendo la “vida de comunidad” desde presupuestos imposibles de mantener en la práctica cotidiana. Como veremos cada tradición espiritual es un todo armónico, cuando se mezclan elementos de tradiciones distintas viene el conflicto, a tradiciones diversas prácticas y tiempos diversos.

¿Tan poca creatividad tenemos para educar y reeducarnos en que es posible, más adelante entraremos en ello, mantener la vida en común desde claves mucho más hondas que en la formalidad de estar a la misma hora, en muchos casos en el mismo minuto, rezando juntas y juntos, o en el tiempo de “recreo”, muchas veces vivido como momento tedioso, por hecho de estar desde el puro imperativo y creyendo que así se hace comunidad?

Existen contextos de VRA en lo que esta espacio-temporalidad arcaica prima de hecho sobre lo apostólico, en el sentido que muchas veces la misión queda encorsetada o vivida con tensión porque se está en un cruce horario: mirando a la vez el reloj de la gente y el del “convento”. La misión está en función no de las necesidades que surgen, muchas veces imprevisibles sobre todo en el mundo de la exclusión y marginación y por supuesto hoy también en el de la educación “formal” y en otros ámbitos apostólicos, sino que está en función de un supuesto orden que por asegurarlo da la impresión, falsa, que la “vida de comunidad” funciona en armonía. Muchachos y muchachas que entran en la VR desde códigos en los que la noche ha sido su tiempo de vivir, de comunicarse, de divertirse, de aburrirse, de estar entre iguales, porque el día en nuestra cultura el tiempo de la norma, del imperativo, de la obligación, de las relaciones frías... difícilmente pueden pasar con una cierta fluidez a un ritmo que no sólo es de reloj, *sino todo lo que vehicula históricamente el reloj en cuanto a la percepción de la vida espiritual en el subsuelo de la VR. Sigo sin entender por qué en muchos ambientes se sigue considerando más fidelidad al Señor, y a la vida de Seguimiento, la fidelidad a un horario de la antigüedad tardía que al ritmo de nuestro mundo.*

Muchachos y muchachas acostumbrados a un ritmo de vida y de articulación del tiempo según los parámetros de nuestra cultura, y que al entrar en la VRA parece que se hagan sospechosos de perdición si no están “a las diez en casa” como el preadolescente en nuestra sociedad. Esto, sigo insistiendo, es causa de malestar, es un

gasto de energía absolutamente inútil que, por ejemplo, un junior o una juniora tenga que justificar el estudiar o cenar con compañeros o compañeras de curso siempre por “razones pastorales”, no vale el convivir, no vale el estar con la gente, no vale la pérdida de tiempo y la gratuidad en las relaciones, los papeles lo dicen, pero en la vida cotidiana no se tolera: *siempre hay buscar razones para vivir la vida y esto es agotador*. Pero no todo queda ahí, en buscar razones, sino que cualquier actividad o relación que sale del cauce normal, hay que analizarla, examinarla, buscar las razones hondas, los sentimientos que ha provocado, las conclusiones a las que se ha llegado... qué facilidad tenemos para matar la espontaneidad y hacer a la gente precavida, en el fondo uno puede manejarse pero siempre, como muy bien dijo Marifé Ramos en unas jornadas de pastoral, atado a la correa que se alarga o se acorta como los perritos cuando son llevados de paseo.

Lo digo con mucho dolor, pero muchas comunidades de VRA son los lugares en los que más relaciones de desconfianza se dan entre personas embarcadas en un proyecto común. ¿Qué miedos y terrores inconfesados manifiestan la desconfianza ante la autonomía personal de un miembro de una comunidad religiosa? No hay comunidad posible si no está formada por gente adulta, libre y autónoma. Cuando esto se expone lo más fácil es leerlo como caricatura. A mucha gente le da impresión que lo que estoy afirmando es el que cada uno y cada una “campe por sus respetos”, que se trata de “disolver la vida de comunidad”, que se trata de fomentar el individualismo... Se trata de ser libres, autónomos y responsables que es el único modo de construir comunidad cristiana. La paradoja es que más individualismo se da y más dispersión cuanto más control y rigidez se establece y cuanto más artificiales son los ámbitos de comunicación, buena muestra de ello es el “suplicio” que suponen para mucha gente el formalismo de las “reuniones de comunidad”, muchas veces vamos a ellas como “corderos llevados al matadero”, porque es un artefacto añadido. Cuando la vida cotidiana no es lugar de cordialidad y de comunicación espontánea toda comunicación forzada es agobiante.

Sospecho que muchas “crisis” después del noviciado en cuanto a la articulación de la vida personal de oración, con lo que esto conlleva, se debe al vaivén espacio temporal al que es sometido en pocos años el formando y la formanda. Da la impresión que olvidamos que la vida “interior” se despliega en el “exterior”, que se articula en el espacio y el tiempo. La oración articulada en una espacio temporalidad correspondiente a la antigüedad difícilmente se puede mantener en el s. XXI. Muchas veces el novicio y la novicia pasan en cuarenta y ocho horas de un “monacato light” al ajetreo de las clases, la universidad, exámenes, trabajos... Y seguimos creyendo mágicamente que tienen recursos para abordar este cambio de ritmo, hay cambios de etapa de formación que suponen en cuarenta y ocho horas un cambio de época, cambiar de siglo. Da la impresión que a veces creamos problemas para después intentar darles solución.

Muchas de las llamadas “estructuras de apoyo” son andamios para sostener a los que nosotros mismos ponemos al borde del precipicio.

Sinceramente creo que en este aspecto no hay soluciones fáciles, pero lo que es evidente que han pasado muchos siglos y el “vino nuevo” lo hemos querido colocar en los “odres viejos” y ahora es cuando estamos viendo que están reventando. Creo que da pavor el articular otros modos de configurar la VRA, sé que es posible, pero hay que arriesgar y mucho. La fidelidad a un ritmo temporal llevaba implícito un modelo de perfección en el que “el orden y concierto” era indicador de la fidelidad a un Dios garante del orden de la creación y de los ritmos de la naturaleza, esta fidelidad, además, se convertía en “la fidelidad”. ¡Cuidado con los modelos de dioses que operan en nuestras prácticas cotidianas, porque la casa se nos puede quedar vacía! Cuando el contenido es viejo el odre viejo lo resiste bien, hoy tienen más éxito los modelos anacrónicos de VR porque mal que nos pese tienen mejor ajustado el “vino” y el “odre”, lo que no se aguanta es querer vino nuevo sin odres nuevos. La verdad que no estamos descubriendo nada nuevo, ya lo dijo bien claro Jesús de Nazaret hace dos mil años